

“Aplicar Mafia”. La violencia como dimensión de un estilo popular.

Garriga Zucal, José*

Resumen

La violencia es una de las dimensiones estilísticas de los sectores populares. Analizar esta tesis nos lleva a reconstruir las formas en que las prácticas y representaciones de la violencia se nutren de positividad, en contrapartida con la negatividad que el resto de la sociedad le confiere. Reflexionaremos sobre la manera en que la violencia como experiencia práctica instituye un límite estilístico entre los que hacen del “aguante” y de las capacidades de “aplicar mafia” un saber distintivo. Por último, estudiaremos la relación entre la emergencia de estos fenómenos culturales y los cambios en la estructura social de la Argentina contemporánea.

Palabras claves:

Violencia- Estilo-Sectores Populares-

* José Garriga Zucal es Doctor en Antropología Social. CONICET/UNSAM. Mail: garrigajose@hotmail.com

1.

En este trabajo propongo reflexionar sobre el lugar de la violencia en la constitución de un estilo. Los miembros de los sectores populares hacen de las prácticas violentas capacidades distintivas que pueden ser parte estructurante de un estilo. Saber “aplicar mafia”, tener “aguante”, son particularidades diferenciadoras. El estilo como orden sistemático de gustos y apariencias tiene en la violencia una dimensión relevante en la constitución de una marca distintiva.

Para observar cómo se edifica esta diferencia tomaré datos extraídos de distintos trabajos de campo realizados con miembros de los sectores populares.¹

El recorrido del artículo está lleno de obstáculos que yo mismo coloqué, ya que al mismo tiempo que quiero exponer a la violencia como señal estilística aspiro a no hundirme en posturas simplistas que vinculan a los pobres con la violencia. Analizaremos cómo los sectores populares hacen visibles algunas particularidades de su vida –como la violencia– para generar una estilización de la diferencia. La violencia informa, comunica, articula universos morales que quieren mostrarse distintos. La violencia, como acción social, posee una dimensión que tiene como objeto comunicar alguna característica elegida por sus practicantes (Riches 1988; Segato 2003). La función expresiva de la práctica violenta puede tener como fin ubicar al actor violento en una posición determinada en una estructura de poder, señalar la pertenencia a un determinado género o marcar la membresía a una grupalidad.

2.

La articulación entre violencia y sectores populares vuelve ineludible empezar este trabajo con una digresión. Es necesario, aquí, desentrañar una dimensión del polisémico concepto de violencia. La definición de lo violento es una disputa entre nominación y significación. La querrela por la significación engarza a los actores imbricados en la violencia y a los testigos, quienes desde distintas ópticas, confieren sentidos y significados. Esta disputa desnuda los hilos del *poder*, ya que la definición de la violencia es, claramente, un juego de poderes (Isla y

Míguez 2003). Los medios de comunicación, las elites y el estado tienen el poder para definir algunas acciones como violentas y expulsar fuera de sus límites otras. Por ello, puede ser definido como violento un enfrentamiento entre jóvenes a la salida de un boliche, pero es difícil que la misma concepción comprenda a las desigualdades estructurales que condenan a la exclusión a una parte de la sociedad.

Además, este mismo *poder* mide con distintas varas las acciones según quién las realice. Los sectores populares, comúnmente, son concebidos como violentos gambeteando la misma definición para los sectores dominantes. Tratar a la violencia como una dimensión del estilo de los sectores populares puede sumar argumentos en este camino, por lo cual nos vemos obligados, no a olvidar el problema por su peligrosidad epistemológica y política sino, a poner luz sobre el ejercicio de selección discriminatorio.

3.

Hechas estas aclaraciones podemos afirmar que *la violencia es una dimensión del estilo de los sectores populares*. Obviamente hay que mencionar aquí que no todos los miembros de los sectores populares hacen uso de este estilo. No podemos construir homogéneos donde prima la fragmentación. Pero es necesario pensar en recurrencias dentro de lo divergente y la violencia emerge como una variable recurrente. La violencia es una forma recurrente de enunciación de la diferencia de las distintas expresiones estilísticas de los sectores populares, como los cumbieros o los roqueros. Funciona el estilo como una combinación entre gustos y apariencias (Rodríguez 2008). Las elecciones estéticas –musicales (como la cumbia y el rock), de vestimenta (ropa deportiva y “altas llantas”), entre otras– se entrelazan con las apariencias –en formas de gestos, tonos y acciones– edificando un estilo distintivo.

El estilo compartido genera una forma de socialización que establece formas de pertenencia, inclusión y exclusión a diferentes circuitos de sociabilidad (Chaves 2005). La dinámica de la sociabilidad violenta va nutriendo de positividad prácticas y representaciones, que son rechazadas en otras relaciones sociales, y establecen, así, vínculos y lazos. Ahora bien, la violencia, común a numerosas

relaciones sociales, es la herramienta distintiva del estilo popular. Una retórica constituida en el respeto ganado a golpes de puños, en la sapiencia del que sabe “aplicar mafia” para hacerse respetar. Estilo que al comunicar una diferencia marca una otredad, una alteridad. Este recorrido realizó Alabarces (2004) cuando analizó al aguante como un estética con ribetes populares, el mismo camino tomamos cuando estudiamos el cuerpo aguantador (Alabarces y Garriga Zucal, 2006) como señal de membresía y distinción popular. En estas páginas hemos decidido echar por tierra la hipérbole, esquivar la metáfora del aguante, para trabajar con el concepto de violencia. Tomados los recaudos necesarios, ganaremos con esta elección claridad y potencia argumentativa, mencionando al aguante y a la capacidad de “aplicar mafia” como elementos distintivos del estilo violento.

4.

Escuchamos² por primera vez la frase, “aplicar mafia”, en una calurosa tarde en Fuerte Apache. Charlábamos con un joven del lugar. El calor y la pestilencia de las cloacas eran un motivo fuerte para desmotivar cualquier intento de trabajo etnográfico. Sin embargo, la locuacidad de nuestro informante era verdaderamente atrapante. El cuerpo robusto de Carlos y sus frases entrelazaban un discurso relativamente nuevo ante nuestros sentidos. Él decía que la clave para vivir en un barrio como el suyo era ser *respetado* por sus pares. Este joven era un trabajador de tiempo completo, vivía inventando variados trabajos para hacerse de dinero. Podía ser remisero, vendedor de sandías en el verano porteño, dueño de un humilde locutorio en el barrio, encargado de un negocio de venta de verduras en el mercado central, etc. Sus variadas ocupaciones, siempre en el universo del trabajo informal, nunca caían en el mundo de la delincuencia. Igualmente su discurso se entretejía en un respeto desmesurado para “los chorros”, aquellos que roban “en serio” y una falta de consideración total para “los rastreros”, los que cometen pequeños robos y nunca tienen buenas ganancias. Carlos, afirmaba que el barrio estaba ahora dominado por “rastreros” no como antaño que eran “los chorros” los que digitaban los hilos de la vida social. Pero esta afirmación estaba supeditada a otra idea. Los rastreros están descontrolados, “no tienen códigos”, ya que les

robaban a los vecinos, son unos “cachivaches” decía entre risas. Por el contrario, lo viejos “chorros” eran garantes de la armonía social y respetuosos de los vecinos. Carlos, señalaba que en su barrio se habían perdido muchas normas de convivencia, que los jóvenes “no se rescataban” y que eran cotidianos los conflictos y problemas entre los vecinos. Ahora bien, ante este panorama de anomia social, Carlos afirmaba que él estaba inmune a los conflictos con los “cachivaches”; a él lo respetaban porque podía “aplicar mafia”.

El reconocimiento social estaba sustentado en la capacidad para hacerse respetar en términos violentos. Podían “aplicar mafia” aquellos que ante situaciones conflictivas tenían los saberes para defenderse en el lenguaje violento. Este conjunto de saberes que formaban un sistema no sólo incluía la posibilidad de enfrentarse a golpes de puño, ni el uso de armas de fuego sino también un uso del cuerpo y de las palabras que permitan en un altercado demostrar quién es cada uno. “Aplicar mafia” es demostrar a un posible rival que esa persona hará de la violencia física su arma de ser necesario.

Una tarde de invierno charlábamos³ con Seba sobre su vida laboral. A sus 25 años es un empresario próspero dentro de los límites del humilde barrio que habita en el partido de San Martín. Tiene una verdulería desde hace unos cuatro años. Cuando terminó el secundario puso ese negocio con un socio y con un capital inicial de trescientos pesos, que los consiguió de la venta de un viejo y destartado auto que su padre tenía abandonado en la puerta de su casa. Seba es bastante hábil para los negocios. Con las primeras y exiguas ganancias del negocio compró el porcentaje de su socio; lentamente fue creciendo en la verdulería a fuerza de aprender a comprar y vender. Con ahorros y con una línea de crédito informal compró un viejo rastrojero, con el cual transportaba la verdura que compraba las madrugadas que recorría el mercado central en busca de ofertas y se ahorraba así los fletes. Empezó con ese vehículo a hacer viajes para los vecinos y cobrarles módicas sumas. Sumaba, así, el ingreso como fletero. Cuando el viejo rastrojero terminó por romperse se compró uno más nuevo pero igualmente viejo comparado con los modelos que hoy están en el mercado. Con este nuevo vehículo empezó a trabajar casi de forma regular en la entrega de mercadería para una empresa que fabrica escaleras. Su situación económica ameritaba un lujo, así que decidió comprarse (en cuotas, con otra línea de crédito informal) un potente

equipo de sonido para su camioneta. Una mañana cuando se levanto para ir a la verdulería se dio cuenta que le habían robado el costoso equipo de sonido. Él decía saber quien había sido.

Seba está casado y tiene un hijo pequeño. Con su pareja comparte el culto evangélico y concurre de vez en cuando al templo. Sumamente delgado, pelo largo y de modales tranquilos, Seba es conocido en el barrio por todos sus vecinos, incluido por los jóvenes que decía le habían robado. Estos jóvenes, según Seba “están en cualquiera”, “andan todo el día re locos”; el abuso de drogas era para él la causa del robo. Robo que, cometido contra un vecino, era una falta de respeto imperdonable. Así fue que decidió darles un mensaje. Él me dijo “si no les aplicas mafia te pasan por arriba”, argumentaba que de no hacerles saber que se habían equivocado seguirían robándole a él. Con una tranquilidad increíble y con los saberes callejeros a flor de piel, decía que le habían robado “la música pero que si no les ponía los puntos después le robaban la casa o el negocio”. Ponerle los puntos es aquí “aplicar mafia”; es hacerse *respetar*. Seba comentó el atraco con los empleados de la fábrica de escaleras, con ellos tiene una relación fluida que incluye partidos de fútbol y algún que otro comercio ilegal. Fue así que cuatro empleados de esta fábrica una tarde, días después del robo, se acercaron hasta la esquina donde se juntan los jóvenes sospechados del robo y les hicieron saber que habían roto los códigos del barrio. Con pistolas en las cabezas estos jóvenes juraban que ellos no habían cometido el delito. Los empleados de la fábrica pidieron que aparezca el equipo de música, cuestión imposible dada la velocidad de las transacciones del mercado informal. Seba nos contaba que nunca le devolvieron el estéreo ni los parlantes pero estaba convencido que no lo van a molestar más. Igualmente, piensa, que tal vez, debería haber pagado a un conocido que por unos pocos pesos les hacía llegar en forma de disparos a las piernas señales más claras del equívoco que habían cometido.

Seba y Carlos saben “aplicar mafia” para ser *respetados*, son hábiles en los saberes del estilo violento, común en los barrios más pobres de Buenos Aires. Pero estos valores no tan sistematizadamente ni tan visiblemente han ido invadiendo otros espacios sociales más allá de las zonas más pobres. La violencia como mecanismo para saldar conflictos está hoy día al alcance de la mano para muchos actores sociales que están ubicados en lugares muy distintos del mapa social. La

violencia como herramienta posible para solucionar conflictos está al alcance de la mano de muchos actores sociales diversos.

5.

En una investigación que realizamos⁴ sobre usos del espacio de los jóvenes de San Martín relevamos dos tipos de relaciones sociales distintas, las que están vinculadas al “parar” y las que están vinculadas al “salir”. “Parar” remite a la interacción entre iguales, son los amigos, vecinos, compañeros del colegio que se reúnen cotidianamente. “Salir” remite a una idea de viaje y de encuentro con el “otro”, lugar de interacción con otros jóvenes. El tipo de relación social que los jóvenes configuran en el “salir” crea a la violencia como horizonte de lo posible. Sociabilidad fundada en el mirarse, en la distinción, en la otredad como figura constitutiva, proyecta formas de intolerancia que pueden terminar con hechos de violencia.

Salir en San Martín es ir a bailar o merodear la zona de boliches concurriendo a los bares que hay en sus adyacencias. En San Martín los boliches están separados en dos grupos: los de “chetos” y los de “negros”, según las categorías nativas. Por un lado: Pio, Soul Train y Chankanab, como expresión de los boliches “chetos”. Por el otro, Bus y Rescate. Lo interesante es que la evaluación de los boliches, dicotomía “chetos” - “negros, siempre se realiza por la negativa. Es decir, los jóvenes que van a bailar a Bus, no argumentan que ese boliche es de “negros” pero dicen que no es “cheto” como Pio. Ubicándolo en la misma categoría que Rescate. Y aquellos que bailan en Pío o en Chankanab dicen que esos boliches no se llenan de “negros”. La distinción “cheto” “negro” ordena las preferencias de los boliches.

El estilo es la señal que marca la diferencia entre estos dos espacios y uno de los puntos que se usan para diferenciar los estilos de cada uno de estos grupos de boliches es la violencia. Una entrevistada nos decía: “Nunca fuimos a otros lugares así tipo bailantas y eso porque no nos gusta, son lugares más violentos y la gente que va ahí es diferente a nosotros”. Entonces, el estilo distingue boliches “violentos” de los más tranquilos. Los entrevistados nos decían que Bus y Rescate eran los “más pesados”. Lo “pesado”, según nuestros interlocutores, está asociado a

la violencia. Bus y Rescate están para los jóvenes, para los que van a unos u a otros, vinculados con las peleas, las agresiones y trifulcas en sus puertas y calles cercanas. Estaban los que decían que no iban a unos porque era para “bardo”, es decir que eran comunes las peleas. Pero por el contrario, los que iban a los boliches donde se armaba “quilombo” decían que el resto de los boliches eran muy “chetos”. Uno de nuestros interlocutores señalaba: “en Rescate están todos los negros y a mí me cabe estar con todos los negros como yo, no me cabe ningún flogger, ningún chetito”. Otro de los jóvenes que baila en Bus decía: “En Bus hay más negro, hay que tener más cuidado”. Este último prefería ir a bailar a un lugar donde debía tener más cuidado, donde se sentía cómodo según sus formas estilísticas.

Otro joven relataba que la diferencia entre los boliches frecuentados por “negros” y los de los “chetos” es que en unos al primer roce existe la posibilidad de un enfrentamiento físico. Aseguraba que ante el mínimo contacto físico, muy común en espacios reducidos y atiborrados de danzantes, hay un cruce de miradas que puede terminar en desafíos y agresiones. Por el contrario, decía que estos roces también podían terminar en violencia en los boliches “chetos”, pero que sucedía con menos frecuencia. Repetía que había boliches, los de “los negros” que la posibilidad de “cagarse a piñas” estaba todo el tiempo latente. La violencia señala una frontera entre dos estilos.

6.

La dicotomía “cheto” - “negro” define un límite estilístico. En algunos recitales de bandas de rock asociadas con las clases populares se canta: “somos los negros, somos los grasas, pero conchetos no”. Ser “cheto”, o “concheto” que en este caso es lo mismo, está concebido negativamente por las formas estilísticas distintivas. Este límite unifica a los sectores populares –cumbieros y roqueros- al idear al “cheto” como “otro” (Garriga Zucal, 2008). Nuevamente la violencia se edifica como una señal importante de la diferencia. Los jóvenes de los sectores populares dicen tener “aguante” y afirman que los “chetos” carecen del mismo. El “aguante” tiene diferentes definiciones según las relaciones sociales que establece y las configuraciones que constituye (Garriga Zucal y Moreira 2006). Para el estilo

popular está vinculado a las capacidades violentas, al respeto ganado aplicando “mafia”, a las peleas.

Entre los jóvenes entrevistados en San Martín observamos que algunos, los pertenecientes a los sectores populares, hacían de la agresión o de la posibilidad de agresión física una marca importante de reconocimiento, de prestigio, de honor. Contaban peleas, narraban hasta el cansancio las interacciones violentas en las que participaban, dado que esto los nutría de reputación. La violencia instituida moralmente como positiva es una forma de ganarse el respeto.

Para los miembros de los sectores populares los “chetos” no tienen “aguante”, son débiles y huyen de la violencia. Otro de los entrevistados afirmaba que los “chetos” eran unos cobardes que ante la “apurada” no reaccionan, él decía: *“arrugan y salen corriendo”*. La cobardía y la gambeta al enfrentamiento edifican los elementos de un estilo asociado al temor y a la falta de “aguante”, contracara del estilo violento.

Ahora bien, es necesario mencionar que las referencias de lo “negro” no tienen que ver con particularidades fenotípicas sino con condiciones sociales. Cuando estos jóvenes hablan de “negros” no hacen mención ni al color de piel ni al cabello, lo “negro” remite a la procedencia social, ya que ésta es una categoría socioestética vinculada a la pobreza. Las mismas características tiene el término “cheto”, que remite a un estilo, propio de una forma de ser en el mundo determinada por la pertenencia de clase.

Entonces, es relevante observar cómo se vincula la violencia a la negritud. Vínculo sustentado hasta por los mismos “negros” que hacen de este estigma un emblema y una marca positiva. Obviamente, aquí es necesario resaltar, que esta asociación oculta otras formas de violencia que nada tienen que ver ni con los pobres ni con la pobreza.

7.

La dicotomía “cheto”- “negro” crea formas ideales de género dentro de cada estilo. La hombría está para los “negros” asociada a las capacidades del que se puede hacer respetar en el lenguaje de la violencia. Pero también, y aquí la sorpresa, las mujeres hacen gala del mismo lenguaje. La violencia es una

herramienta estilística de ambos géneros; no atada a la hombría sino al coraje y la valentía. Una joven que siente que su honor ha sido ultrajado debe, según las marcas estilísticas, reparar la afrenta a su honradez en términos violentos. Una entrevistada nos decía: *“A mi si me miras mal, ya está, te arrebaté. Voy siempre al frente.”*. El arrebato –forma de denominar a los puñetazos- como sello del enfrentamiento violento rotula la posesión del “aguante”, del coraje y la bravura.

Esta femineidad distinta a la convencional es evaluada, desde una mirada etnocéntrica, como “ausencia de”. Ante los ojos sorprendidos de la mirada hegemónica las peleas entre chicas a la salida de una discoteca son interpretadas como la prueba de carencia de feminidad, de masculinización de lo femenino. Debe aquí hacerse una pausa y repetir que cada grupo social define las características que delimitan lo que se va a definir como masculino y femenino (Badinter 1994). Para el estilo popular la violencia no es una marca distintiva del género como si sucede en otras formas de socialización, donde se toleran algunas violencias masculinas pero se condenan las femeninas.

Entre los “negros” las formas de distinción de género recorre caminos distintos a la violencia. Marca aceptada tanto por hombres como por mujeres. Es cierto también que las peleas se dan más entre hombres que entre mujeres. Podemos mencionar, a modo de hipótesis, que esto es el resultado de la relación del modelo estilístico popular con otros modelos, que al excluir a las mujeres que pelean del mundo femenino instituyen valores hegemónicos que son interiorizados de formas diversas por los sectores populares que los reproducen y hacen de las peleas un universo más masculino. El estilo popular es un estilo dominado y acepta, aunque parezca a contramano de ellas, las definiciones dominantes.

8.

Entendiendo que la violencia es una de las dimensiones del estilo de los jóvenes de los sectores populares, debemos des-esencializar la marca distintiva de este estilo para que nuestros lectores no observen a la violencia como particularidad “natural” de los sectores populares. Dos puntos tomaremos en este recorrido.

Primero. La violencia es la dimensión del estilo que más se hace visible - junto con los abusos del alcohol y las drogas- pero no la única. El estilo se sustenta en un amplio abanico de señales estilísticas, desde formas musicales, gestuales, del habla, de la ropa, etc. La visibilidad de la violencia tiene que ver con la constitución de formas estilísticas que van a contramano de las formas convencionales; las formas más apartadas de lo convencional son las más visibles. La violencia es condenada desde el discurso hegemónico pero válida desde las concepciones de los jóvenes populares.⁵

Segundo, la violencia es “una” dimensión del estilo juvenil popular que es propia de ciertas interacciones y no de todas. Estos jóvenes que hacen de la agresividad un estilo en un contexto determinado, en otros, no utilizan esa señal como marca de socialización. Los jóvenes que se pelean con otros jóvenes por el valor moral positivo que tiene la lucha en un tipo particular de lazo social, en otras relaciones no hacen uso de la violencia. Por eso, vale aclarar, que son las normas morales de la relación las que permiten este desvío violento; estos jóvenes mantienen otras formas relacionales donde el vínculo con el otro no pasa por la violencia; por ejemplo, cuando “paran”, estos jóvenes interaccionan con vecinos, relaciones tensas, conflictivas pero no violentas.

9.

Luego de desnaturalizar la relación entre violencia, jóvenes y sectores populares, debemos mencionar los porqués de esta elección estilística. La violencia es eficaz ya que genera fuertes sentimientos de pertenencia, permitiendo a los identificados “ser alguien” o “ser parte” y establece “otredades”. Además, la “elección” de acciones espectacularizadas y confrontadas desde la “normalidad” como diacríticos, adquiere una relevancia no posible para otros estilos. Elias y Scotson (2000), cuando analizan las pequeñas trasgresiones -peleas, borracheras y otras formas de vandalismo- del grupo marginal de Winston Parva, afirman que son actos tendientes a construir una identidad por oposición del grupo de vecinos respetables. La violencia funciona como forma de distinción, de diferenciación de dos identidades definidas en la interdependencia. La violencia como dimensión

estilística señala, entonces, un clivaje entre los que se la usan como marca distintiva y los que se encuentran fuera de esa lógica.

10.

La “elección” del estilo violento se encuentra entre un ínfimo abanico de posibilidades; distante de la “elección” que tienen otros grupos sociales. Los estilos que tienen a mano estos actores son pocos, producto de la desigual distribución en una sociedad desigual. Los miembros de los sectores populares “eligen” la violencia por su eficacia al construir otredad y por la positividad que tiene en su socialización.

Nuevamente debemos mencionar que el estilo violento no es específico de los sectores populares. Estas formas culturales son compartidas por actores con pertenencias sociales diversas. Por ello, los miembros de los sectores medios de la sociedad muchas veces toman este estilo y luego lo abandonan, ya que el abanico de posibilidades que tienen a su alcance es mayor. Como siempre, es atinado, recordar que no todos los violentos son pobres ni todos los pobres son violentos.

Sin embargo, son los sectores populares los que hacen de la violencia una marca de su estilo. Podemos afirmar, entonces, que la violencia es uno de los valores morales predominantes de los sectores populares. Estos pueden establecer –y lo hacen- otras relaciones sociales, donde los valores morales no estén signados por la violencia. Pero sin duda, esos valores morales violentos se interiorizan de ciertas formas, y parte de su vida social es percibida desde esa óptica. La violencia se sedimenta de formas diferentes según las trayectorias y el conjunto de relaciones sociales que hacen a los sujetos, generando posibilidades distintas de “elección”.

Esta “elección” no es libre⁶ sino que está definida por las limitadas relaciones de los sujetos y por las formas en que estas se sedimentan en los actores. Es decir, un joven que desde su niñez ha sido interiorizado en este tipo de relaciones sociales, difícil que pueda establecer otros criterios relacionales, que no parezcan ante sus ojos carentes de “aguante”. También, acontece que muchos de estos actores sólo tienen ese tipo de relaciones como horizonte. Los que tienen un horizonte más amplio tienen otras posibilidades estilísticas.

11.

Luego de afirmar que existe una “elección” de los jóvenes populares por la violencia como dimensión estilística, debemos mencionar cuál es el vínculo entre estas formas culturales y el desarrollo histórico de otras variables sociales. La aparición de estas pautas culturales- como la positividad de la violencia- tienen una relación con las condiciones estructurales económicas de la sociedad, como la pobreza, la marginación, la indigencia, la inestabilidad laboral, la precariedad, etc. Consideramos que existe una relación entre estos modelos culturales y condiciones estructurales pero sugerimos que ésta relación no es directa. Kessler (2002) analizando la relación entre condiciones sociales y las nuevas formas de delito sostiene que sus causas no sólo tienen que ver con la crisis del trabajo, su inestabilidad y la desigualdad en la distribución del producto bruto, sino que la aparición de estas nuevas modalidades es producto de un fenómeno multicausal.

Se aprecia, así, un escenario complejo donde no existe una relación directa entre pautas culturales y variables socioeconómicas. Sin embargo, la desestructuración del mundo del trabajo y la desarticulación de la escuela como herramienta de ascenso social crearon las condiciones para el surgimiento del estilo violento. Este aprovechó la oportunidad de la vacancia identitaria dejada por el trabajo y la escuela para hacer de la violencia una marca de pertenencia.

12.

El uso de la violencia como señal distintiva puede llevarnos a pensar que estas prácticas populares son la señal de resistencia al modelo que los oprime. Hebdige (2003) argumenta que las subculturas son formas estilísticas coherentes que expresan la tensión entre los poderosos y los subordinados. El estilo es concebido como la forma cultural en que se expresa la experiencia de clase. La subcultura, es para Hebdige, el gesto de resistencia de los jóvenes de las clases trabajadoras al orden impuesto.

Estamos de acuerdo en que el estilo está vinculado con las experiencias de clase, aunque el vínculo no sea directo. Pero sostenemos que esos valores, no por

ser parte de la experiencia, son resistentes. Sostenemos que existe una impugnación de los valores convencionales respecto a lo que es la violencia, pero también, existe aceptación de otros tantos valores. El estilo popular tiene dimensiones que contradicen los valores hegemónicos – por ejemplo, las que descansan sobre la violencia- y otras que aceptan y reproducen los valores convencionales –por ejemplo, los consumos de zapatillas costosas de primeras marcas. El estilo popular, en tanto estilo dominado, posee tanto dimensiones resistentes como otras deferentes. Lo popular es parte de una relación de dominación que puede objetar algunos valores convencionales pero reconoce otros (Thompson 1995). Es más, las prácticas de los jóvenes impugna el discurso sobre la violencia pero reinstaura jerarquías y clivajes iguales o similares a los hegemónicos: por ejemplo, el que diferencia entre “chetos” y “negros”. Observar sólo la dimensión resistente olvidando la deferente nos hace olvidar lo eficaz de la hegemonía.

13.

Por último, la posibilidad de pensar la violencia como elección estilística derriba las concepciones más miserabilísticas que suponen que los sectores populares, producto de sus limitaciones materiales, no pueden “elegir” y están condenadas a la elección de lo necesario (Bourdieu 1999). Debemos buscar el equilibrio y no, por romper con la mirada miserabilística, cruzar la frontera y suponer que los estilos se eligen libremente y que cualquiera puede acceder a cualquier estilo. Los límites materiales funcionan definiendo posibilidades. Una joven que vivía en una villa miseria en San Martín decía que ella no podía ser flogger. Este estilo necesita ciertos consumos –por ejemplo acceso a internet para subir las fotografías- imposibles para los sectores populares. Sin embargo, los jóvenes de los sectores populares pueden “elegir” entre ser cumbieros o roqueros, dicha elección que se ajusta al cuadro de posibilidades materiales y a las trayectorias personales, muestra que existen posibilidades de elección culturalmente definidas.

¹ Muchos de estos trabajos fueron realizados con colegas que no son responsables de las conclusiones a las que llega este trabajo.

² Este trabajo lo realicé con Patricia Diez y Cecilia Ferraudi Curto.

³ Esta entrevista la hice en el marco de un trabajo sobre gustos musicales junto a Pablo Semán.

⁴ Este trabajo de investigación lo realizamos junto a María Graciela Rodríguez y Patricia Diez.

⁵ Es innegable el rol que tiene las industrias culturales en la visibilidad de esa marca distintiva. Siguiendo la lógica del mercado, las formas violentas y distintivas de los sectores populares son puestas en escena, mostradas para hacer un producto eficaz; generando, por un lado, desde la mirada hegemónica-conventional un fuerte rechazo y, por el otro, formas de reconocimiento e identificación. Además, debemos mencionar que las industrias culturales conforma formas estilísticas que vinculan a los sectores populares con la violencia desde hace mucho tiempo, por ejemplo, las figuras del malevo y el guapo, arquetipos del mundo del tango.

⁶ Debemos decir que ningún grupo social “elige” libremente, ya que todas las relaciones sociales condicionan.

Bibliografía

Alabarces, P. (2004): *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Alabarces, P. y Garriga Zucal (2008): “El “aguante”: una identidad corporal y popular”. *Intersecciones en Antropología*, Nº 9, 275-289.

Badinter, E. (1994): *XY La Identidad Masculina*. Barcelona: Norma.

Bourdieu, P. (1999): *La distinción*. Madrid: Taurus.

Chavez, M. (2005): *Los espacios urbanos de jóvenes en La Plata*, Tesis de Doctorado en Antropología Social, Universidad de la Plata, La Plata, mimeo.

Garriga Zucal (2008): “Ni ‘chetos’ ni ‘negros’: roqueros” en *Trans*, Nº 12, <http://www.sibetrans.com/trans/a89/ni-chetos-ni-negros-roqueros>

Garriga Zucal y Moreira, Verónica. (2006): “El aguante. Hinchadas de fútbol entre la pasión y la violencia”. En Míguez, D. y Semán, P. (eds): *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Hebdige, D. (2003): *Subcultura, el significado del estilo*. Barcelona: Editorial Paidós.

Isla, A. y Míguez, D. (2003): *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.

Kessler, G. (2002): “De proveedores, amigos vecinos y ‘barderós’: acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del gran Buenos Aires”. Becaria, L. (comp.): *Sociedad y sociabilidad en la argentina de los 90*. Buenos Aires: Biblos.

Riches, D. (1988): *El fenómeno de la violencia*. Madrid: Ediciones Pirámide.

Rodríguez, M. G. (2008): *Escribir los bordes: los mensajeros en moto y los procesos de circulación cultural*, Tesis de doctorado por la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias sociales, mimeo.

Segato, R. (2003): *Las estructuras elementales de la violencia*. Bernal: Prometeo- Universidad Nacional de Quilmes.

Thompson, E. P. (1995): *Costumbres en común*. Crítica, Barcelona.